

de Filología, Universidad de Barcelona, 1975, págs. 43-49).

La importancia del uso moderado del vino para la conservación de la eutimia, y, especialmente, los efectos de tal bebida en contraposición a la melancolía ocupan las siguientes páginas de Pigeaud, con abundantes citas de Hipócrates, Platón, Galeno, Rufo de Efeso y Séneca.

Y bien, de seguir el planteamiento de los médicos, hemos de concluir que no existen enfermedades del alma, pues todas las afecciones tienen, según ellos, un origen somático; en cambio, las dolencias del alma son una creación de moralistas y filósofos. No obstante, a lo largo de la tradición literaria, filosófica y médica pueden verse muchos casos difíciles de encasillar: así, la *mania* que encontramos en los textos de Platón y la pasión que hallamos en los tratados estoicos son afecciones del alma, sí, pero en la medida en que está íntimamente ligada al cuerpo.

Cierra este libro (págs. 543-566) una bibliografía de autores antiguos, otra de comentarios y estudios manejados; índices de pasajes, nombres y conceptos, más otro general.

En resumen, un trabajo interesante y fecundo, quizá de demasiada amplitud, pero que puede servir de ayuda notable a la lectura de los poetas, médicos y filósofos griegos y latinos preocupados por los problemas relativos a las afecciones anímicas!

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

H. R. RAWLINGS, *The Structure of Thucydides History*, Princeton University Press, 1981, XIX + 279 págs.

El autor se propone demostrar cómo Tucídides, aparte de genial narrador, es un depurado artista en la distribución y

ordenación de su obra. En la estructura de una obra histórica hay, al menos, tres elementos decisivos: la selección de los datos, el énfasis dado a los mismos, tal como se refleja en la forma de exponerlos, y, por último, la distribución de los sucesos. Tucídides es un maestro consumado en los recursos literarios y artísticos de su época. No es de extrañar que se haya comparado repetidamente su obra con una tragedia a la manera sofoclea. Pero el lector ha de estar siempre atento; su participación en la acción dramática es necesaria; ha de percatarse de los hechos, pero también de la intención con que los escribe el historiador, buceando en los entresijos de la obra literaria, lo cual no siempre es fácil, pues Tucídides, es, quizá, el ejemplo más conspicuo de tensión constante entre forma y contenido. Efectivamente, gusta de lo inesperado (*parálogon*) y de lo irónico; usa analogías formales para expresar diferentes contenidos. Así, por citar un ejemplo, tenemos episodios dramáticos bajo las más variadas formas: como narrativa detallada (la peste, la guerra de Corcira...); como diálogo anecdótico (el desastre de Ambracia); como diálogo formal (diálogo de los melios, diálogo entre platenses y Arquidamo...); diálogo indirecto (el detenido espartano y su interrogatorio en IV 40,2); un discurso (primer discurso de Pericles; el Epitafio; el discurso de los mitilenios en Olimpia...); parejas de discursos enfrentados; una conferencia consistente en varios discursos (Esparta I,68-86; Siracusa VI 33-41), etc.

Rawlings trata de ver cómo divide Tucídides su historia en tres partes: una primera guerra de diez años; una paz inestable de siete años; una segunda guerra de diez años también. Así, los libros I y VI sirven de introducción respectiva a cada uno de los dos períodos bélicos (págs. 58-125). Tales introducciones, especialmente la del libro I, le permiten al historiador una gran libertad de composición de los materiales.

Mediante unos cuadros sinópticos hace ver Rawlings la analogía formal entre I y VI 1-93. Efectivamente, a la introducción primera y la arqueología de Grecia (I 1-19) corresponden la introducción y arqueología de Sicilia (VI 1-5); a las palabras dedicadas a explicar su método y lo referente a la *alethestáthe próphasis* (I 20-23), corresponde idéntico tema en VI 6-7; a la cuestión de Corcira (I 24-25), con su discursos y lo que sería el verdadero tema, a saber, la guerra inminente contra Esparta, corresponden la cuestión siciliana (VI 8-26), con su centro de interés en torno a la conquista de Sicilia; a los problemas de Potidea y los disturbios en el seno del imperio ateniense (I 56-66), el incidente de los Hermes y las disensiones entre los atenienses (VI 27-32); a la conferencia de Esparta y los discursos subsiguientes (I 67-88), la conferencia de Siracusa y los discursos que la siguieron; a Pericles acusado en Esparta y la digresión sobre Pausanias y Temístocles (I 126-139), Alcibiades acusado de sacrilegio y la digresión sobre Harmodio y Aristogitón (VI 53-61); al discurso de Pericles en Atenas llamando a la guerra contra Esparta (I 110-144), el discurso de Alcibiades en Esparta incitando a la guerra contra Atenas (VI 89-92); al resumen de los efectos del discurso y el verdadero comienzo (*arche*) de la primera guerra de diez años (I 145-II 1), el resumen respectivo de las palabras de Alcibiades y el comienzo de la segunda guerra de diez años (VI 93).

Pues bien, de un examen detenido de cada una de las dos arqueologías se desprende una íntima relación en la disposición general de los materiales y en las formas lingüísticas bajo las que aparecen. No obstante hay diferencias notables, pues si la primera insiste en el carácter insignificante de Grecia, la segunda trata de impresionar al lector respecto al enorme tamaño y poder de la isla de Sicilia.

Interesante, asimismo, es el cotejo de las digresiones que constituyen, en su-

ma, los episodios de Pausanias-Temístocles en el libro I y el de Harmodio-Aristogitón en VI. Cuando Tucídides escribe el excursus sobre Temístocles tiene en cuenta la vida y circunstancias de Alcibiades; esa digresión sobre Temístocles viene a ser un paradigma sobre los problemas acaecidos a los líderes atenienses y el trato que recibieron de parte de la democracia ateniense. A su vez, el episodio sobre los tiranicidas sirve de ejemplo y modelo para los sucesos de 415, en lo referente a la mutilación de los Hermes, en especial. La ignorancia del pueblo, el dejarse llevar por lo que se oye aparecen contrapuestos a la actitud rigurosa del historiador que busca la verdad a base de esfuerzo y dificultades. La tradición oral es contrapuesta a la verdadera investigación histórica.

El capítulo III está dedicado a los libros II y VII, es decir, a los primeros años de la guerra, en cada una de sus dos etapas; a los líderes y problemas (págs. 126-175). Destacan allí los discursos de Pericles en II y de Nicias en VII, tanto los directos como los indirectos, y, de otro lado, el juicio político que merecen. Hay una extraordinaria similitud en las situaciones y problemas tratados, pero, en cambio, resulta evidente una notable oposición entre las personas. Pericles es el campeón de la inteligencia (*gnóme*); Nicias, un fiel creyente en el azar (*týche*). Es bastante probable que esa antítesis entre un Pericles racional, decidido y orientado al servicio público, frente a un Nicias supersticioso, indeciso y partidario de la vida privada sea en buena medida una creación de Tucídides. El historiador no falsea los rasgos históricos de esos personajes, pero exagera sus cualidades y peculiaridades en un sentido concreto, silenciando lo que no le interesa. Destaca, ante todo, los detalles que son de especial importancia para el curso de la guerra, que, en fin de cuentas, es el verdadero tema de su obra.

Hay una estrecha relación entre la última intervención de Nicias en VII y las de Pericles en II: el tema de la tierra libre; el motivo del *Kairós* o momento oportuno; la llamada a las viudas, niños y dioses ancestrales; etc. Pero aparecen, asimismo, bastantes contrastes: Pericles habla a los atenienses como ciudadanos; Nicias, a sus soldados como miembros de familias; Pericles evita los lugares comunes; Nicias se muestra partidario del viejo estilo repetitivo, etc.

Tras la peste, y después de la derrota sufrida en el puerto de Siracusa, respectivamente, los dos últimos discursos de Pericles y Nicias son relevantes: el primero alude a la inteligencia y poder atenienses; el segundo, a la esperanza y el favor divino. Pero es curioso observar que en boca de Nicias aparecen figuras de estilo semejantes a las usadas por Pericles, mientras que el contenido de las palabras de ambos líderes es del todo diferente. Tucídides gusta de destacar las diferencias: Pericles maneja a su auditorio valiéndose de su inteligencia superior y su psicología de gentes; Nicias, en cambio, consuela a los soldados en el terreno moral y personal.

El capítulo IV (libros III y VIII: revuelta y revolución, págs. 176-215) pone de manifiesto el paralelo existente entre esos dos libros, especialmente, entre la revuelta de Mitilene (III 2-50) y la de Quíos (VIII 1-28); y la guerra civil de Corcira (III 70-85) y la de Atenas (VIII 63-98).

El capítulo V (págs. 216-249) se titula

«*Libros IX y X*». *Plan de Tucídides*, y se propone ver hasta qué punto la exposición de los últimos años de la primera guerra de diez años se ve influida por hechos que acontecieron durante los años finales de la segunda guerra de diez años. Para ello acude Rawlings a Jenofonte, Plutarco y Diodoro, llegando a la conclusión razonada de que tal influencia existe.

Por fin, el capítulo VI (*Algunas conclusiones*, págs. 250-272) repasa los puntos esenciales de la cuestión tucidéica; el significado de I 22,4 en cuanto al rigor histórico empleado por nuestro historiador; y, a más, unas conclusiones generales sobre la Historia, concebida como mezcla de ciencia y arte literario, pues como dijera Mommsen «el historiador pertenece quizá más a los artistas que a los eruditos».

Las últimas páginas (273-278) recogen un índice de nombres propios y de hechos importantes. En suma, creemos que el libro que reseñamos es interesante como estudio histórico y literario, y da nuevas luces en la aproximación a un escritor de pensamiento y expresión extraordinarios. Es sugerente la hipótesis de Rawlings de que el gran historiador compuso su obra siguiendo un plan cuidadosamente elaborado, de suerte tal que, al escribir sobre los primeros diez años de guerra tiene siempre en la memoria lo acaecido en los diez últimos.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ